

NOS LLEVAN A LA O.T.A.N.

Va a ser el gran tema de septiembre: la entrada de España en la OTAN. Si la oposición no viene de fuera —de los países de la organización, o de un acuerdo entre Estados Unidos y la URSS para mantener en el actual equilibrio la composición de los bloques militares— la decisión parece inevitable: UCD ha elegido los mecanismos parlamentarios convenientes para su viejo propósito. La misma noticia en que se establece el calendario —a partir de un dictamen del Consejo de Estado, y de un debate parlamentario que se supone para el día 20— dice, con la ingenuidad traidora del lenguaje espontáneo:

«... superado el trámite parlamentario (...) el Gobierno presentará en Washington la propuesta formal...»; así, el Parlamento aparece como un trámite: una formalidad. Al que al mismo tiempo se atribuye, por conveniencias del caso, la soberanía suficiente, que hace por lo tanto innecesario un referéndum. No va a haberlo. Hay pocas dudas de que si lo hubiera la inmensa mayoría de la población se pronunciaría en contra: en razón del riesgo, en razón de la independencia y la soberanía, en razón de la falta de contrapartida en forma de alguna clase de beneficio, e incluso en razón de una ruptura de la muy antigua tradición española de la neutralidad. Pero ese referéndum negativo no sólo negaría el caso en sí, sino que dejaría en minoría a un Gobierno que, por sus compromisos, por su vocación de partido, por el deseo de mantenerse en el poder a toda costa, se ha metido de lleno en esa peligrosa vía; tendría que dimitir. Y habría que disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones generales. En las que tendría un resultado adverso.

Porque nadie niega evidentemente la soberanía del Parlamento (no la niega ninguna democracia y, sin embargo, en cuestiones de mayor gravedad se acude al referéndum) pero sí que en estos momentos su composición actual no representa exactamente las corrientes de opinión del país. Desde las anteriores generales no sólo el partido del Gobierno sino algunos otros de los presentes en él han sufrido grandes sacudidas internas y han emprendido vías que pueden no corresponder ya a la imagen que presentaron a sus votantes en las últimas elecciones. Han sucedido muchas cosas: desde por lo menos un intento de golpe de Estado y un recrudecimiento del terrorismo hasta la revelación de alguna corrupción asesina (como la del aceite desnaturalizado), pasando por las diversas lecturas de las autonomías. Un período de cuatro años es sin duda excelente para la renovación parlamentaria, en circunstancias normales. Las nuestras no lo son: hay muchos más movimientos políticos de los previstos por los antiguos programas electorales, y a veces en contradicción con ellos.

Pero, probablemente, ningún partido las quiere hoy. Unos porque temen perder; pero también alguno, quizá, porque teme ganar. Por eso no se va a forzar el referéndum; por eso, probablemente, se va a pasar por el trámite parlamentario con algún discurso violento y bonito, con una votación más o menos sabida de antemano. Y por eso no nos vamos a encontrar dentro de la Europa que suaviza sus fronteras y sus diferencias entre ciudadanos, que pesca, que busca una política común que defina al continente y que intenta abordar una solución común a sus problemas comunes; seguiremos privados de esta salida, pero entraremos en la Europa de la bomba de neutrones, de los «euromisiles», de los altos presupuestos militares.

No parece que tengamos defensa ante esta situación que, como muy bien dice el portavoz del Gobierno, supone la decisión más importante de los últimos años. Un problema de conciencia que debería ser más arduo que el del divorcio para los diputados y miembros de un partido que se supone a sí mismo apoyado en ese caso por el Consejo de Estado y por las Fuerzas Armadas: no debería parecerle suficiente. ■

HE vivido en una provincia, en una capital de provincia, Valladolid, casi desde que tuve uso de razón (si es que la razón se tiene alguna vez, o alguna vez se usa), hasta los veintitantos años. Puedo hacer, pues, la anatomía vagamente sociológica de la provincia, de cualquier provincia española, «toda España es provincia» y todas son la misma. Y (lo que es más grave), siempre son igual.

Cima de la delicia

*Cima de la delicia:
todo en el aire es pájaro.*
Jorge Guillén

Lo primero que se encuentra en la provincia, el joven intelectual de provincias, el joven poeta que nunca ha recibido una carta de Rilke, aunque sí, quizá, de Aleixandre, es un cielo local de pasado y cultura. Glorias provincianas, glorias nacionales, glorias mundiales.

Este cielo local, en mi caso, estaba habitado por don José Zorrilla, Martínez Villergas, Jorge Guillén, Miguel Delibes, Emilio Ferrari, Francisco Javier Martín-Abril, Nicomedes San y Ruiz de la Peña, más el paso entredudoso de Quevedo y Cervantes por Valladolid.

La mitología de la cultura local, en promiscuidad de grandes valores y valores municipales, en transvaloración consistorial de todos los valores, más el adunamiento de épocas, monumentos, calles, recuerdos, estatuas, cosas, hace que el artista adolescente pueda sentirse habitante único o protagonista futuro de una Atenas comarcal.

Así se cultiva el aldeanismo español, que en unas épocas de la Historia se llama regionalismo y en otras autonomismo y en otras nacionalismo y en otras federalismo, según. La España de las Españas. En Valladolid, el palacio de Vivero, donde se casaron los Reyes Católicos, la torre románica de la Antigua, «dama de las torres», según los poetas locales, el Museo de San Gregorio, el miguelangelismo en miniatura y madera de Berruguete, la portalada plateresca de San Pablo, el coro de San Benito, las casas de Cervantes y Zorrilla, media docena de siglos gloriosos, barajados y pululantes, dan, daban a la ciudad una abundancia y pluralidad de tiempo y espacio que sólo el joven atónito podía ver en el sol quieto y vacío de los mediodías.

Porque, en provincias, los siglos no

Septiembre 1981



«En la provincia, el mundo tiene cándida profundidad de espejo. No es que se transparente mejor el aire, más limpio, obviamente, sino que se transparenta el tiempo». En la foto, Valladolid, ciudad en la que el autor de este trabajo, nacido en Madrid, vivió durante su infancia y juventud.

MEMORIAS DE UN NIÑO DE PROVINCIAS

FRANCISCO UMBRAL

mueren. Ni las personas, quizá. Me lo decía una vez Miguel Delibes:

—Mira, Paco, la provincia es mejor para el novelista, porque aquí se ven las vidas completas. Ves a tu personaje nacer y morir.

El tiempo lento de la provincia, o la ausencia de tiempo, siendo un mal administrativo, es un bien colectivo en cuanto que todo está vigente/presente. De esta simultaneidad del tiempo en el tiempo, entrecruce de unos siglos con otros, me nació a mí la idea de «Los helechos arborescentes», libro en clave de anacronismo, pues el anacronismo es la clave de la provincia.

Esta idea mía, naturalmente, la han entendido mejor, como era de esperar, los franceses que los españoles, pese a ignorar, como han ignorado

siempre, la Historia de España, elegantemente. Ya decía De Gaulle que los franceses no saben geografía. Tampoco saben otra historia que la suya. Y no del todo. Pero tienen instinto literario, son los griegos de nuestro tiempo, como dijo alguien, y han captado muy bien, en traducción, la naturaleza poética del anacronismo narrativo.

El espacio airoso

Qué alacridad de mozo en el espacio airoso

J. G.

El espacio airoso de la provincia (en Madrid es mucho menos airoso por la altura de los edificios y, ahora, por la

contaminación), hace asimismo que el provinciano se sienta directamente asistido por el cielo, como por la Historia y la Cultura y otras mayúsculas.

Todas estas excelencias, potenciadas por la pobreza o riqueza familiar de cada hombre joven, pueden llevarle al localismo furioso, al nacionalismo, al fascismo. Hace falta un cierto anchamiento intelectual para comprender, goethianamente, que uno no es más que su gran herencia, y que esa herencia hay que transformarla en otra cosa. La tendencia natural que da la provincia al niño de provincias es la tendencia al quietismo, al inmanentismo municipal, al fundamentalismo. En cualquier provincia española, varios siglos nos contemplan a

MEMORIAS DE UN NIÑO

todas horas, hasta cuando tomamos la sopa. Si esto no se administra bien en la cabeza, o hay un caudillo agrario-provinciano que nos lo administra mal, da inmediatamente la creencia topográfica de patria, la ideología como folklore, o a la inversa, y no otra cosa ocurrió con Valladolid y la gran leva de jóvenes falangistas que dio la ciudad en los años treinta. Muchachos de la alta burguesía agraria que defendían el trigo de sus mayores y muchachos de la pequeña burguesía que defendían al derecho de imitar a los otros. Con demasiada frecuencia -ay-, la rebelión de las clases medias se llama fascismo. Parece que Berruguete y el plateresco están detrás, justificándole a uno.

Hueste de esbeltas fuerzas

Hueste de esbeltas fuerzas
J. G.

Aquí habría que señalar, antes de seguir adelante, lo que José Antonio Primo de Rivera tomó (para prevarcarlo mediante una utilización política o, simplemente, por una utilización), no sólo de Rubén y Ortega, como dice el tópico, sino de la generación del 27.

Cuando Primo de Rivera habla de Castilla como «la tierra absoluta y el cielo absoluto», no cabe duda de que estamos leyendo a un lector de Jorge Guillén. O cuando dice: «Tendamos nuestros ojos, como líneas sin peso y sin medida, hacia el ámbito puro donde cantan los números su canción exacta.» Está claro: Valéry/Guillén.

Aquel prefascista leído estaba haciendo su retórica contrarrevolucionaria con el lenguaje de las vanguardias y los purismos, que eran más bien revolucionarios, racionales o irracionales. José Carlos Mainer ha estudiado bien el estilismo literario de la Falange, pero me parece que no habla de esto. Valéry, por entonces, no había llegado a las provincias españolas, claro, y Guillén apenas era conocido en su propia provincia, Valladolid. De modo que todo lo que «suenan a nuevo» en la retórica joseantoniana, como decían los intelectuales de la Falange o intuían las levas juveniles con el oído halagado, no era sino reconversión y monetización, acuñación bélica, arsenal retórico (y no sólo retórico, ay) de un hombre que había leído más y mejor que ellos. Así es como la «hueste de esbeltas fuerzas»

que Jorge Guillén (muy perseguido por los falangistas vallisoletanos) ve en el aire de Castilla, se nos transforma hoy en aquella hueste juvenil armada por Onésimo Redondo y estilizada por Sáenz de Tejada. Así se escribe -y se pinta- la Historia.

El mundo y el espejo

*El mundo tiene
cándida profundidad
de espejo.*
J. G.

En la provincia, el mundo tiene cándida profundidad de espejo. No es que se transparente mejor el aire, más limpio, obviamente, como hemos dicho, sino que se transparenta el tiempo.

La mirada del joven puede ir hasta los penetrales del tiempo provinciano, viajar cada tarde, solitario, por los siglos entrecruzados u ordenados como árboles añosos, en cualquier alameda junto al río. El artista adolescente (lo que luego será minoría rectora de una nación) se apropia así con facilidad de un pasado que se le incorpora, en un agregamiento dulce de saberes que, a más de leídos, circulan por la calle.

Esta carga de tradición de cada provincia española hace que el joven tienda muy fácilmente al «tradicionalismo». A entender el mundo como un anheimiento de su pueblo o a entender su pueblo como el centro del mundo o lo que hay que oponer a éste: un escudo de piedra histórica frente a la modernidad. También entra esto, me parece, en la preferencia de Marx por el proletariado industrial, a la hora de teorizar, pues seguramente intuía (no recuerdo ahora si lo dice de manera expresa) que el ruralismo y la cultura pedánea son naturalmente más conservadores.

La provincia como mundo y el mundo como espejo -ciego o lúcido, allá él- de esa provincia que lo es todo. La provincia como espejo en

que el mundo se mira, metrópolis enteras temblorosas en las aguas del Pisuerga o el Bernesga o el Carrión. Esto, un poeta como Machado, que hizo la lírica del aburrimiento provinciano, lo resuelve en poesía. Ortega, en denuncia. Esto, potenciado de manera beligerante por un caudillo local, entre los jóvenes sensibles de la pequeña burguesía, entre los artistas



El escritor vallisoletano Miguel Delibes dice que «la provincia es mejor para el novelista, porque en ella se ve al personaje nacer y morir».

adolescentes e insatisfechos, ha dado una y otra vez el fascismo, el nacionalcatolicismo, etcétera.

Distancia y verdad

*Las más claras distancias
sueñan lo verdadero.*
J. G.

A distancia histórica del pasado y a distancia geográfica del presente, de la capital, de los centros donde se juega la fama, el poder, la gloria, la popularidad, la política, la cultura (estructura piramidal de los nacionalismos), el joven de provincias sueña lo verdadero. Lo verdadero hacia atrás o hacia adelante.

De este sueño nacen tres caracteres más freudianos que buffonarios: el erudito local o pedáneo, el que se

lanza a la conquista de Madrid, de la Historia, del futuro, y el que se lanza a la conquista —resuelta anticipadamente— del pasado, en una aventura inmóvil.

Una ensayista francesa distinguía freudianamente, a propósito de novelistas y personajes de novela, entre el bastardo y el hijo pródigo. El erudito local es tipo que queda excluido por su inanidad a estos efectos. Tenemos, balzacianamente, el bastardo y el hijo pródigo. Hijo pródigo es el que retorna a los orígenes, a la provincia, mediante el rodeo de la universidad, la universalidad, o simplemente la capitalidad. Regresa de manera geográfica o, en su forma heroica, no regresa nunca, pero impone una política, una cultura, una forma de sociedad— desde el poder, desde alguna clase de poder— que no es sino la repetición a escala nacional de los valores locales que lleva en el alma. Franco, Fraga Iribarne, han sido jóvenes provincianos que quisieron dar a España la configuración clasista de su pueblo natal. El hijo pródigo, pues, socialmente, es un conservador, un involucionista, un reaccionario, un fascista o pre-fascista, que ha hipostasiado lo local en nacional —o universal— como vía hacia el Poder (Poder que no excluye, sino que incluye la convicción profunda en lo que se está haciendo).

Otro vallisoletano, el poeta Jorge Guillén. Su poema «Cima de la delicia» se va comentando a lo largo de este artículo.



Septiembre 1981

Bastardo es el que reniega de sus orígenes, el que los ignora o finge ignorarlos, el que se siente raptado por el futuro y un día impondrá una literatura o una política de impronta nacional/universal. El que esta literatura o esta política estén reteñidas de referencia local (ruralismo de Miterrand), revela que el bastardo sólo lo es en función de su progresismo, y que, aunque exteriormente desclasado o descastado, no ha perdido tierra, y en vez de hipostasiar demagógicamente valores topográficos o folklóricos (Tejero), deja que la sabiduría antigua y lugareña de su lugar pregne dulcemente —y pragmáticamente— su política o su escritura. Es, sencillamente, un hombre de raíces y no un hombre de banderas. El hijo pródigo se siente más patriota de su patria chica, de su provincia, porque en seguida saca la bandera. El bastardo, abanderado de nada, es consciente de sus raíces, que le alimentan en la sombra.

Bodas tardías con la Historia

*Bodas tardías con la Historia,
que desamé a diario.
Hacia el sol, en volandas,
la plenitud se escapa.
Ya sólo sé cantar.*

J. G.

Las bodas del conservador, del reaccionario, del integrista o del fascista —ricas faunas de la provincia— con la Historia y con su historia, suelen ser apresuradas, alborotadas y nada meditadas.

Eso es lo que da el patriotismo a ultranza, como concepto poco más que topográfico. Aranguren ha escrito recientemente que la poesía no es buena en política, y menos la poesía retórica. El natural lirismo retórico de la juventud (que raramente se traduce y explica en buenos versos), lleva a algunos jóvenes a confundir la emoción del paisaje (paisaje agromesurable, que siempre es de alguien) con la emoción de la Patria. Nadie nos explica, en provincias, cuando niños de derechas, que la patria son los hombres y, naturalmente, por cantidad y por calidad, los hombres del pueblo.

Las bodas tardías con la Historia son más propias del intelectual liberal o progresista: Guillén. «Bodas tardías con la Historia, que desamé a diario». Un día, en este poema, «Cima de la



Antonio Machado —en la fotografía, con su mujer, Leonor Izquierdo—, hizo la lírica del aburrimiento provinciano.

delicia», que vengo glosando/desglosando en este trabajo, y que fue una de las iluminaciones poéticas (y no sólo poéticas) fundamentales de mi adolescencia, un día, digo, Jorge Guillén comprende que la Historia, desamada a diario por el joven progresista, es lo que nos nutre, nuestra «gran herencia» goethiana, y el resultado literario de esto es que, luego, Guillén ha hecho muchos poemas históricos y culturalistas («Huerto de Melibea», inmediatamente posterior a *Cántico*). Pero el resultado más que literario, el resultado completo y complejo, total, existencial, es y está en cómo el hombre de mente progresista se va apropiando la Historia, no como una inmanencia, sino como un juego de irracionalismos racionalizable a posteriori (lo que no excluye algunas leyes históricas apriorísticas).

Interesa, sobre todo, el instinto del intelectual progresista para encontrar en el pasado —que para la derecha inmanentista y provinciana es un todo—, los matices, los gérmenes de futuro. «La Celestina», que para la cultura de derechas así llamada es «una joya de nuestra lengua», o cualquier otro tópico, para Américo Castro es una clara, alta, oscura y lírica expresión del conflicto judeocristiano en la España medieval/renacentista.

«El Quijote», que para el inmanentismo es un libro militar, para la inteligencia en marcha es una ironía del Imperio ya decadente. Góngora, que para la crítica «de derechas» (perdón por el simplicismo) supone el reciclaje de la mitología clásica, para los críticos y poetas del 27 (germen literario de la II República) es un renovador, un innovador, un moderno. Zurbarán, El Greco, Goya, admiten una lectura clásica, mística o

MEMORIAS DE UN NIÑO

costumbrista, que es la que les hace siempre en provincias el erudito local o el guía del museo. Pero Zurbarán es el precursor del abstracto, y sus calidades de blanco sobre blanco y pliegue de sombra/luz las ha aprovechado recientemente Clavé con un efecto de cartonajes industriales. Del Greco nace todo el expresionismo centroeuropeo de este siglo, como de Goya nace el impresionismo francés del XIX. La lectura provinciana de la Historia y el arte no es inmanentista por culpa de la provincia, claro —¿qué es la provincia?—, sino por el feudalismo intelectual, por el enfeudamiento clasista en que vive la pequeña ciudad.

Dos, son, pues, para mí, los condicionantes del quietismo/inmanentismo de tantas provincias españolas (y francesas, por ejemplo). A saber, el sistema de castas, mucho más gravitante en un mundo pequeño y cerrado, y el peculiar perspectivismo de la provincia, que es más bien una falta de perspectiva, un tener toda la Historia encima, en piedra o tiempo, formando cuerpo con uno. Y alma.

Cuando las provincias, las regiones, las regionalidades, las nacionalidades, deciden rebelarse contra esto, como ha ocurrido ahora con la transición, no siempre lo hacen con rigor, coherencia, claridad y cadencia. El ministro Martín Villa ha distinguido no hace mucho entre autonomías «legítimas y folklóricas», o algo así. La distinción no es afortunada, pero lo cierto es que el folklore (cultural o folklórico) ayuda y estorba el llevar adelante una autonomía.

La España de las Españas es algo que la democracia y la libertad deberían dar sencillamente, como hecho consumado. Las fórmulas a tenazón, de la derecha, de la izquierda y de los propios autonómicos, son prematuras, insuficientes, confusas y frustrantes.

Pero tienen un gran valor de síntoma: la provincia, por un lado, quiere dejar de serlo, y, por otro, se afirma y reafirma como tal provincia (estilizada en «nacionalidad», incluso) ante el resto de la cartografía.

El bastardo y el hijo pródigo, ahora a nivel colectivo. El que quiere que la Historia pase por su provincia, como una carretera general, y el que, *bastardo* meliorativamente entendido, quiere que su provincia sea soluble (y resoluble) en la totalidad, más allá de las murallas medievales que se enseñan al turista. Las bodas tardías con la Historia, con la provincia, como toda boda tardía, lucen menos, pero duran más. ■ F. U.

LA REGENTA, LA DICTADORA Y LA ESFERA ESPANTOSA

JUAN CUETO

DECIA recientemente el profesor Abellán en la presentación de su libro sobre la censura literaria en la España del franquismo que *La Regenta* no había sido autorizada hasta 1964 «por el mero hecho de ser Alas republicano o sospechoso de serlo». Es probable que ese haya sido uno de los «argumentos» explícitos de aquellos torquemadas con boina, pero estoy convencido de que también hubo otros dos motivos inconcesos para perpetrar tal barbaridad cultural. Por un lado, el premeditado y alevoso asesinato «legal» del hijo de Clarín en los primeros meses del golpe de Estado del general Franco y por orden expresa de éste, acusado el que entonces era rector de la Universidad de Oviedo nada menos que de haber presidido un mitin republicano en el que intervino Dolores Ibárruri; fusilamiento, por cierto, que en la época tuvo más repercusiones internacionales que el de García Lorca, como ya conté en otro sitio, y durante bastante tiempo fue aducido por el mundo libre como prueba sangrante de la barbarie de los sediciosos del 18 de julio; en segundo lugar, el hecho incontestable de que *La Regenta* fuera la novela por antonomasia de la crítica a un cierto tipo de moral provinciana que en las primeras épocas del franquismo había sido escogida como moral dominante.

Y es que el único modelo civil —no militar— que Franco conoció y vivió y, en el que después de muchas dificultades sociales logró colarse gracias a su casamiento con la actual señora de Meirás, fue precisamente el que ridiculiza la novela. No Oviedo, sino Vetusta. Acaso la teoría sea poco ortodoxa desde la metodología propia de los numerosos francólogos o pardólogos que nos rodean y agobian con sus erudiciones parciales, pero yo me la creo a pies juntillas: el escenario para-

digmático de vida social y comunidad urbana que el dictador tenía *in mente* no era otro que el de aquella heroica ciudad que dormía la siesta de sus años de «comandantín»; mundo con pretensiones de alto copete social y resumen de los valores tradicionales de la vida provinciana. La Vetusta levítica y clerical, el paraíso de las clases media antiguas —esa gran «invención» sociológica del franquismo—, donde ejercía su implacable autoritarismo la *sociedad de familias*. Lo cual quiere decir que la ciudad de provincias que inspiró la pluma de Clarín fue la misma que inspiró la espada de Franco. Era «vetustense», ya digo, la única moralidad civil que el insaciable hombre de armas vivió y deseó con cierta intensidad; y «vetustenses», por encima de todo, eran los valores socia-

Leopoldo Alas, Clarín, criticaba en su novela La Regenta un tipo de moral provinciana que en las primeras épocas del franquismo fue escogida como moral dominante.

